

LA mirada salvaje es un ensayo sobre el espejo. En realidad, un ensayo sobre los espejos que nos miran desde la naturaleza, el arte y la literatura. Por supuesto, también es un ensayo sobre la mirada.

Una red de mirada
mantiene unido al mundo,
no lo deja caer.

Eso dice Roberto Juarroz en uno de sus poemas. Caminamos por las aristas de esta red, de un punto a otro, sobre el mundo, hacia nosotros. La mirada nos une al mundo. La mirada poética nos adentra en el espejo y en nosotros mismos. Esta misma mirada sostiene la tierra que pisamos, las nubes que nos sobrevuelan y las palabras con las que decimos todo esto.

Como sabemos, es plural e inacabable el uso que del espejo se ha hecho en la historia de la cultura. De ello intentamos dar cuenta en estas páginas, que pretenden –y no es fácil– no caer en lugares comunes. En el fondo late la intención de no ser un texto más sobre este símbolo, sino un viaje al alma y las estructuras fragmentadas de la imagen a través del cristal, desde el cristal. Así, el propósito primero de estos fragmentos es replicar la estructura astillada del espejo que se rompe y se hace añicos o la arquitectura de la pantalla de un móvil que se fractura y se desintegra y, de esta forma, recupera una realidad despedazada,

dispersa, superpuesta, en la que todo está cerca y lejos de todo. Una red de reflejos en expansión, caótica, febril se devana ante nosotros. Una red que se atreve a hablar de un mundo en el que algo se ha perdido y siempre hay algo más al otro lado. En consecuencia, el tono y el registro de la obra oscilarán entre la música y la historia, entre el discurso y el delirio, entre la crítica y la magia.

A través de diferentes escenas o secuencias o ventanas, en las que el espejo es siempre protagonista, intento trazar un mapa abierto y discontinuo: una geografía fantástica, un *collage* eléctrico de momentos y relatos donde convivan Caravaggio y Banksy, el río Avon y una visita al psiquiatra, Lou Reed y el misticismo sufí, John Berger y Alejandra Pizarnik, Picasso y el unicornio californiano de Red Hot Chili Peppers, Zygmunt Bauman y los mares helados de Escandinavia, Anne Sexton y los bombardeos, Borges y los caballos salvajes.

Un desastre, una locura, un calambrazo.

Y, sin embargo, una idea –como un hilo de diamante– procura vertebrar en su estructura profunda este libro: el espejo que espera al fondo de un relato, en la estrofa de una canción, en una imagen inesperada. Así vagamos, como exploradores sin norte ni sur, por pasillos mediáticos, entre afinidades insospechadas y formas híbridas de mirar las cosas. Nos arrastra un erotismo devastador cuyo fin son las palabras que dicen e inventan todo. Y hablamos del espejo de Narciso, de Alicia, de Magritte, de Stendhal o de Cervantes. Del espejo de piedra de la épica, del espejo de la bruja, del espejo de las aguas, del espejo roto, del espejo de los sueños, del espejo del sol y un largo etcétera.

También hay una noche en una discoteca de Ámsterdam y un peral de cien años en O Courel.

Y siempre el mundo del siglo XXI enfrente, al lado.

La reconstrucción del pensamiento antiguo y la proyección de la idea especular en la sociedad digital, cuya metáfora es la

pantalla del iPad, nos arrojan a terrenos feraces, inmensos, no explorados. Desde la búsqueda de la identidad en Instagram al amor en las pupilas del otro, desde el realismo de los charcos al espejo cubista, del espejo narcótico de Georg Trakl a los comedores de patatas de Van Gogh y al grafiti en Bristol.

A veces lo veo todo desde el retrovisor de mi coche, dirección Fuenteálamo.

A veces invento cosas, digo mentiras. Pero el camino es siempre volátil, giratorio como una puerta transparente, amarillo como los girasoles. El camino es una galería de espejos, como aquella que me atrapó una vez en Viena en 1994. El ruido y la furia y los espejos. Un jardín de espejos que se bifurcan y se dislocan.

Un faux traité d'Esthétique.

Con la intención de poner orden en este desorden maravilloso, el ensayo se organiza en cuatro grandes bloques teóricos: “Acantilados de Duino” (sobre el espejo como árbol espiritual), “Espejismos” (sobre la búsqueda de la *ancient heavenly connection* que predicaban los surrealistas y los *beat*), “Elogio de la desinformación” (sobre el lenguaje y las interferencias que lo corrompen y vacían en la actualidad de los medios) y “Evangelio de Jon” (sobre la fundación de un cielo personal).

Rainer Maria Rilke, que pasó una temporada en el castillo de Duino, sobre la bahía de Trieste, fue consciente de la forma brutal como el lenguaje humano se había desviado del curso que lo hacía llegar hasta los ángeles, a la íntima verdad. Como en Franz Kafka, Federico García Lorca o Anne Sexton, fue suya la conciencia de un mundo y un ser humano deshabitados, desatribuidos, en cuya lengua ya no sonaban las tormentas ni los mitos ni la sangre. Un lenguaje desfondado y vendido al mejor postor. De esta desconexión y de la manipulación que nos ciega diariamente intenta salvarnos la poesía, aquella habitada por el fuego, la que guarda el secreto de una lengua que es origen.